

YO TUVE UN SUEÑO: AMINORANDO EL DISCURSO DE VIOLENCIA

María Teresa Monroe
Loyola Marymount University

*“To flee is to produce the real, to create life, to find a weapon”
-Gilles Deleuze, Dialogues (49)*

MARÍA TERESA MONROE is a Visiting Assistant Professor at Loyola Marymount University. Her research includes (Im)migration Studies & Cultural Production, specifically non-fictional narratives, such as *crónica*, journalism, and personal essay focusing on the journey of undocumented Mexican and Central American migrants to the U.S. Other areas of interest include Latin American and Latinx Literature & Culture.

Monroe, María Teresa. “*Yo tuve un sueño: aminorando el discurso de violencia*”. *Camino Real*, vol.15, no.19, 2024, pp. 51-68.

Recibido: 16 de mayo de 2024; 2º Revisión: 13 de julio de 2024; Aceptado: 16 de julio de 2024.

ABSTRACT

This essay explores the notion of violence in *Yo tuve un sueño: El viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos* by Mexican author Juan Pablo Villalobos. This collection of *crónicas* recounts the experiences of young undocumented migrants during the migratory waves that occurred between 2011 and 2014. While the stories depicted here undoubtedly showcase violence as a central theme, they also present narratives of nostalgia, loss, solidarity, and companionship. These additional layers serve to temper the overall dramatic tone, highlighting the minors' resilience against the predominant discourse of violence and threat often associated with undocumented immigration.

KEYWORDS: crónica, menores, migrantes, violencia, amenaza.

RESUMEN

Este ensayo explora la noción de violencia en *Yo tuve un sueño: El viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos* del autor mexicano Juan Pablo Villalobos. Esta colección de crónicas narra las experiencias de jóvenes migrantes indocumentados durante las olas migratorias que se produjeron entre 2011 y 2014. Si bien las historias aquí descritas muestran sin duda la violencia como tema central, también presentan narraciones de nostalgia, pérdida, solidaridad y compañerismo. Estas capas adicionales sirven para atemperar el tono dramático general, destacando la resistencia de los menores frente al discurso predominante de violencia y amenaza a menudo asociado a la inmigración indocumentada.

PALABRAS CLAVE: crónica, menores, migrantes, violencia, amenaza.

* * *

A principios de la segunda década del siglo XXI, un fenómeno migratorio empieza a llamar la atención en los medios de comunicación sugiriendo una crisis migratoria donde cientos de centroamericanos menores de edad transitaban a la frontera de los Estados Unidos¹. La gran mayoría de los jóvenes migrantes provenían de Honduras, Guatemala y El Salvador—tres países centroamericanos conocidos en conjunto como el Triángulo del Norte. El sensacionalismo mediático no pareció indagar las motivaciones del éxodo de menores, sino que más bien suscitó una retórica de amenaza. El entonces congresista republicano Rep. Phil Gingrey escribió una carta al centro de control y prevención de enfermedades expresando su miedo a las enfermedades mortales que pudieran traer los menores

migrantes. Su carta expresó, “Ebola could spread across the border”, además de incluir en su reporte una lista de enfermedades preocupantes como la gripe porcina, el dengue y la tuberculosis.

Esta narrativa de amenaza circulada en los medios de comunicación avivó el miedo, incrementando sentimientos anti-inmigrantes en ciertos sectores de la población estadounidense (Richinick). La representación negativa de los migrantes centroamericanos fue agravada con la retórica anti-inmigrante del entonces presidente Donald Trump calificando a los migrantes como “animales”². Esta retórica promueve el proceso de objetivización de vidas de los migrantes, eliminando su humanización y un tratamiento justo dentro de las normas dictadas en los derechos humanos. La crisis de menores se convirtió en un espectáculo en la frontera México-Estados Unidos, desatendiendo una propia contextualización a las razones que impulsaron la migración o los agravios que los menores afrontaron en su trayecto a través de México. Como resultado, la preocupación popular seguía fijando su atención en la amenaza a los recursos públicos y en los riesgos de insalubridad traídos por los menores. La fabricación de peligro—enmarcada en los menores—subraya su ‘otredad’ y refleja una larga historia a este tratamiento dentro del contexto fronterizo.

La construcción de amenaza tiene profundas consecuencias, como lo expone Leo R. Chavez en *The Latino Threat*. Las percepciones acerca de los latinos son el resultado del poder que tienen los espectáculos mediáticos, específicamente las representaciones de los migrantes y latinos en los medios impresos. La producción de imágenes en los medios ayuda a construir la comunidad imaginada (tomando prestado el concepto de Benedict Anderson) a través de representaciones tanto de inclusión como de exclusión (3-5). *Lives in Transit*, un estudio sociológico escrito por Wendy Vogt, refuerza este punto. En el contexto de los menores centroamericanos, Vogt advierte que el marco de otredad, de amenaza o victimización, no reconoce la agencia de un éxodo mayor de supervivencia de vidas que tal vez no tienen otra escapatoria. Además, oscurece los contextos inmediatos y estructurales dentro de Centroamérica que impulsan a las personas a migrar (32).

El documental *Casa en Tierra Ajena* de Ivannia Villalobos y Carlos Sandoval García, nos invita a explorar las causas históricas y las razones estructurales de violencia y desigualdad social que impulsan

la migración forzada. Dentro de un marco de derechos humanos, Villalobos y Sandoval, presentan la migración como la única opción para escapar de la violencia estructural y la falta de oportunidades a través de estudios de casos en los países del Triángulo del Norte. Entre las causas se exploran raíces históricas como el genocidio maya en Guatemala, la guerra civil en el Salvador y el despojo de tierras en las zonas rurales de Honduras, así como otras más recientes, resultado de la implementación del modelo liberal en las regiones centroamericanas.

Las razones anteriores dan pauta para explorar las respuestas literarias a la falta de atención a la problemática migratoria, desafiando las narrativas simplistas y estigmatizadoras. En este contexto, es pertinente analizar el tratamiento temático y literario de *Yo tuve un sueño: El viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos* del autor mexicano Juan Pablo Villalobos, cuya narrativa intenta dar luz sobre las complejas estructuras sociopolíticas y económicas que impulsan la migración centroamericana. Villalobos, conocido por sus novelas como *Fiesta en la madriguera* (2011), *Quesadillas* (2013), *Si viviéramos en un lugar normal* (2012), *Te vendo un Perro* (2016) y *No voy a pedirle a nadie que me crea* (2016), se adentra en la no ficción con *Yo tuve un sueño*, su primer libro en este género. Esta obra, compuesta por once crónicas, es el producto de entrevistas entre el autor y los niños protagonistas durante la crisis migratoria ocurrida entre 2011 y 2014. Villalobos se suma así a la lista de autores comprometidos con el fenómeno migratorio, quienes se han dedicado a investigar las motivaciones y experiencias individuales de los menores, desafiando la representación mediática que los retrata como un peligro. Un ejemplo notable es la novelista mexicana Valeria Luiselli y su libro *Los niños perdidos: Un ensayo en cuarenta preguntas*, el cual introduce el tema con una pregunta directa a los menores: “¿Por qué viniste a los Estados Unidos?” (5). Las respuestas a esta pregunta frecuentemente revelan una vida de pobreza y de violencia que no solo se limita a sus países de origen, sino que continúa durante el trayecto por México y al llegar a la frontera de los Estados Unidos. Las narrativas de los menores importan porque ofrecen una complejidad de experiencias más allá de su construcción como amenazas o víctimas, respondiendo preguntas como: ¿Cómo eran las vidas de los menores en sus países de origen?, ¿Por qué viajan

estos menores sin la compañía de sus padres?, ¿Por qué la migración es su única escapatoria?

En la lectura de *Yo tuve un sueño*, vemos los daños causados por sistemas políticos corruptos, abrumadoras estructuras de pobreza, y la violencia de pandillas, subrayando la precariedad de los menores representados en estas historias. El protagonismo infantil reflejado en las historias sugiere un proyecto prometedor de empatía—la niñez se supone que es algo que todos tenemos en común, una cualidad universal que intenta establecer una comunicación con la humanidad del lector. Por su estado de dependencia, los niños son categorizados como un grupo vulnerable que debe ser protegido como bien lo expone el preámbulo de la convención de los derechos de los niños que indica: “the child, by reason of his physical and mental immaturity, needs special safeguards and care, including appropriate legal protection, before as well as after birth”³.

En *Childhood and the Nation in Latin American Literature*, Richard Browning identifica las intenciones y el impacto emocional que generan las narrativas con niños protagonistas. Según Browning, la principal razón detrás del uso del narrador o protagonista infantil en conjunto con la violación a su inmunidad es intensificar la percepción del lector sobre la gravedad de las presiones que afectan a ese sector de la sociedad. Esto se debe a que la visión infantil, supuestamente imbuida de inocencia, hace que la violencia o las privaciones de la vida moderna sean aún más impactantes (84). No es gratuito entonces que la intención de autores al usar niños como protagonistas en conjunción con el sufrimiento y la violencia sea maximizar un impacto en el lector. En una entrevista, Villalobos confirma este propósito: poder instigar empatía por medio de estas historias, construyendo una narrativa donde el lector sea capaz de entender las vidas y las situaciones de los menores:

I hope that maybe this can contribute to a better understanding of the situation and hopefully this could help to have a better situation for these kids and teenagers in the future ... empathy is exactly the word for my book, I was thinking the whole time on how to create not just a sensation of sorrow or fear but also a more profound and deep understanding of what is the motivation in the region of the stories of these kids. (McGinnis 00:02:15–00:03:05)

En su mayoría, las historias relatan las vidas de los menores en Centroamérica y los agravios de su travesía por México. El título de una de las historias, “Prefiero morir en el camino” o la consigna de uno de los protagonistas que dice “el que no se arriesga nunca gana” (60) resaltan el discurso de supervivencia donde el desplazamiento representa un mejor destino a sus vidas, a pesar de los peligros de la ruta. Simultáneamente, las crónicas representan la violencia como un continuo: la violencia perpetrada por las pandillas, la violencia afrontada en el camino y la violencia que algunos resienten al ser recibidos en los “centros de protección fronteriza” de los Estados Unidos.

Sin embargo, el tratamiento de violencia y sufrimiento en conjunto con la niñez parece suavizar dichas temáticas como una técnica literaria del autor. Mi argumento sostiene que, además de la violencia ubicuamente expuesta, las historias presentan un tono que, al mismo tiempo, la oculta mediante relatos de nostalgia, solidaridad, y en algunos casos, humor. Estos relatos subrayan los mecanismos de resistencia frente a los discursos de violencia y victimización que representan de manera unidimensional el sufrimiento de los menores. A eso, la complejidad de estas historias ofrece una perspectiva más profunda y humanizadora de la experiencia migratoria. Además de la temática de urgencia—más efectiva en el género no ficcional—las historias evocan otros sentimientos con representaciones alternativas a la percepción de amenaza y subrayan las raíces estructurales de la migración centroamericana.

Es importante destacar que Villalobos emplea en su narrativa el género de la crónica, el cual tiene una trayectoria asociada a la temática de crisis, y permite al mismo tiempo un empeño literario en el contenido. En cuanto al género de la crónica, Beth E. Jörgensen señala que la no ficción se utiliza como una plataforma en momentos de crisis, como bien lo ejemplifica la crónica mexicana a partir de los años sesenta (78). *La noche de Tlatelolco* (1970) de Elena Poniatowska fue uno de los textos pioneros en la renovación de la crónica (Bencomo, *Voces* 74) donde la polifonía ciudadana es documentada por un entrelazado narrativo de voces intercalado con las supuestas versiones oficiales que intentaron borrar los hechos de la memoria colectiva del ciudadano. El terremoto ocurrido en la ciudad de México en 1985—otro evento de crisis tenaz en la nación—es representado por Carlos

Monsiváis, Elena Poniatowska y Cristina Pacheco por medio de la crónica como el género por excelencia para narrar “the urgency and the immediacy of these experiences of disaster” (Jørgensen 79).

Desde este mismo marco de crisis, donde la crónica permite un espacio para “dar voz” a los grupos marginales, Villalobos utiliza el género para subrayar el tono urgente de la situación. Presentadas en forma de cuento, las historias de *Yo tuve un sueño* se caracterizan por la brevedad, sin desatender lo grave y lo denso de los testimonios de los menores. Así, aprendemos sobre sus situaciones azarosas y los acontecimientos que motivaron su travesía hacia Estados Unidos, ejemplificados en historias de desamparo familiar (en ocasiones por la madre) además del continuo abuso y amenaza por parte de las pandillas en su comunidad. El pasado de los menores adquiere un notable protagonismo, tejiendo una narrativa que oscila entre la crudeza de la violencia y la añoranza de lo que dejaron atrás. La función temática de crisis y el enfoque humanizador invita a los lectores a reconocer sentimientos compartidos y a considerar su responsabilidad en la búsqueda de soluciones a la crisis migratoria, fomentando así una mayor empatía y acción colectiva.

Como primer punto, me enfoco en el tratamiento de la nostalgia en las historias, cuya función ayuda a profundizar en la construcción multidimensional de los protagonistas, es decir, que la temática de violencia y abuso se mitiga a través de sentimientos y acciones como una añoranza por el pasado. La tristeza y el deseo del regreso lo ilustra la historia de Kimberly. Ella relata: “la primera noche me la pasé llorando y me quería regresar a El Salvador, me acordaba de mis abuelos. Yo hasta decía que si me pedían firmar la deportación iba a decir que sí. Desde que crucé el río me agarró de llorar y llorar y estaba bien triste y pensaba: ¿qué ando haciendo aquí?” (19). Como afirma Boursier, “[s]trong family ties make saying goodbye to home and country a painful first step that lingers throughout the journey” (22). En la obra aquí analizada, esto se ejemplifica en la añoranza del pasado durante la travesía, destacando otros sentimientos y experiencias que ocultan sus aspectos más desafortunados. El anclarse al pasado es una de estas formas de resistencia:

La nostalgia es un modo de vivir, de vivir recordando y llorando por un “dulce recuerdo” que se idealiza y del cual el sujeto no puede ni quiere desprenderse, al que se aferra con el alma entera. Concretamente,

nostalgia, añoranza, Heimweh, es una manera de gozar de la memoria de lo perdido (Braunstein 52) .

Otro ejemplo lo encontramos en la crónica “Allí hay culebras”, donde el protagonista hace la travesía con un primo y recurre a un recuerdo que le da ánimos para sobrellevar los cinco días en el desierto:

[P]ara ahuyentar a las culebras pensaba en un recuerdo de cuando era muy pequeñito y lo que más me gustaba ser era negociante y acompañar a mi papá en su trabajo. Me iba con mi papá a vender, cuando tenía cuatro años, antes de que empezara la escuela. Acompañaba a mi papá en su negocio, él era carpintero, y yo le ayudaba a vender cosas. Salíamos de casa caminando y era un día bonito, con sol, pero un sol normal y no este sol que me hacía quemaduras en el desierto. Él me agarraba de la mano y me llevaba con sus clientes y a mí lo que más me encantaba era estar con él (49).

La sensibilidad de este relato evidencia una nostalgia profunda que acompaña al protagonista en su jornada. Esta nostalgia no es simplemente un sentimiento pasajero, sino una manifestación constante de una pérdida significativa y de un deseo de regresar a un tiempo o lugar que ya no es accesible. La perspectiva psicológica relevante a las vivencias de los menores señala que la nostalgia existe debido a “un accidente o catástrofe (el traumatismo) que impone una quiebra entre el estado anterior, presuntamente paradisiaco, y el estado posterior de añoranza” (Braunstein 52). Este trauma, como ya sugerí, puede ser el resultado de múltiples factores, incluyendo la violencia extrema en sus comunidades de origen, la separación de sus familias, y las penurias del viaje migratorio.

En otra crónica, Dylan de 10 años, relata su experiencia en una casa-hogar esperando el reencuentro con su madre. Él relata: “[s]u voz es lo único que conozco bien. La voz de mi mamá la conozco desde chiquito, pero solo la voz, porque cuando ella se vino a los Estados Unidos yo nomás tenía seis meses” (53–54). La nostalgia en el recuerdo de Dylan está encapsulada en la voz de su madre, a la que no ve desde pequeño. Su añoranza es reflejada en el regreso a ese ‘estado anterior’ donde su madre era más que sólo el sonido de su voz. La nostalgia, entonces, actúa como un mecanismo de defensa que permite a los menores lidiar con la dureza de su realidad actual,

manteniendo vivo el recuerdo de tiempos mejores y proporcionando una forma de resistencia emocional frente a la adversidad.

Además, esta nostalgia puede ser vista como una forma de preservar la identidad y la cultura de los menores, algo que les brinda un sentido de pertenencia y de continuidad en medio de la dislocación y el cambio constante. En este sentido, la narrativa no solo destaca la crudeza del desplazamiento y la violencia, sino también la profundidad emocional y la resiliencia de los menores al enfrentar y sobrevivir estas experiencias traumáticas.

En otro ejemplo, la mirada retrospectiva nostálgica se despliega por medio de una visión lúdica humorística, más lograda en la crónica “Antes y después”, en la que Mariana, una joven de 14 años, nos cuenta su historia por medio de dos relatos titulados “la sopa” y “la carta”, respectivamente. En el primero, la narración empieza con la historia de una pata y sus patitos:

En la casa de mi abuela había una pata que acababa de tener dieciocho patitos y un pollo, porque mis hermanos y yo hicimos un experimento: le pusimos un pollito que creía que era un pato, porque veía que todos sus hermanos eran patitos. Pero luego un día nos descuidamos y el perro más grande que teníamos se comió a la pata, que dejó huérfanos a los patitos y al pollo (105).

Esta introducción, similar a un cuento infantil, es simbólica del propio estado de orfandad de la narradora, al verse desplazada entre familiares antes de ir a vivir con su abuela. La temática es reforzada cuando la protagonista nos cuenta la ausencia de sus hermanos y de su padre: “Primero se fue mi hermano mayor, luego me iba a ir yo con mi hermano menor, pero al final solo se pudo ir mi hermano y yo tuve que esperarme [...] De mi papá casi no sé mucho. Solo sé que se fue” (105-7).

Los animales en la anécdota de “la sopa” sugieren también un vínculo romántico entre Mariana y la naturaleza. Esta conexión puede derivar de la idea de que “children are less developed than adults are, and thus closer to the animal and plant realms in their development” (Browning 88). Este vínculo continúa cuando la protagonista nos relata: “Cuando mis hermanos todavía estaban aquí, lo que más me gustaba hacer era explorar el cerro. Nos íbamos con mis dos primas y llevábamos sal y limón para comer frutas que cortábamos por ahí”

(107–8). Esta conexión a su origen es simbólicamente quebrantada cuando la abuela de la protagonista le prepara “la sopa” como gesto especial de despedida antes de su partida a los Estados Unidos. Mientras empaca, la joven busca a la mascota familiar—el gallo. Al notar su ausencia, habla con su abuela:

–Mami –le dije–, no encuentro al gallo.

Ella se rió un poquito antes de contestar.

–¿Ya buscaste en tu barriga? –me dijo.

Me acordé de la sopa y me puse a llorar (110).

Esta escena representa el quiebre de su pasado en Guatemala, y el camino a una nueva vida en los Estados Unidos al lado de su madre. Es decir, para recibir las ventajas y las nuevas oportunidades de un futuro mejor, la protagonista es forzada tramposamente a rechazar el “antes” y fijar su mirada en el “después”. El sueño de progreso asociado a la vida en los Estados Unidos es validado después cuando la protagonista recibe una carta de invitación para estudiar en la Universidad de Harvard. En su caso, su nuevo hogar ilustra nuevas oportunidades, como una educación en una universidad de la llamada Ivy League, además de la reunificación familiar.

Otra manera subversiva que los protagonistas utilizan para resistir y desestabilizar la violencia representada en el camino es la solidaridad y el compañerismo que nace al navegar un mundo abrumadoramente desconocido y azaroso. Vogt señala que “migrants develop strategies and social relationships with one another and with local residents in the communities they pass through to cope with the precarity of their situations” (7). Un ejemplo lo encontramos en la historia de Kimberly, la protagonista de la crónica “Voy a dormir un ratito yo”. Kimberly emigra a los 14 años y narra su experiencia en la “hielera”, un cuarto de detención para migrantes caracterizado por su frías temperaturas. En esta, las menores duermen, comen y platican mientras esperan la decisión de las autoridades estadounidenses. En las primeras líneas la protagonista refleja incertidumbre y malestar: “No se puede saber muy bien qué hora es cuando estás en la hielera. Ni si es de noche o de día [...] Hace tanto frío que me están dando calambres en las piernas, aunque más bien los calambres han de ser por estar todo el tiempo parada” (15). Kimberly expresa su dolor “como si [le] hubieran cortado las piernas” (31). A pesar del frío, el

agotamiento y el hambre, el reducido espacio se transforma en un lugar de solidaridad entre Kimberly y otra niña migrante, quien gentilmente le ofrece compartir su pequeño rincón en el suelo para que pueda descansar y dormir. Kimberly cuenta:

—¿No quieres acostarte? —me dice—. Si quieres yo me quedo parada un rato para que puedas descansar. Pero al rato me dejas acostarme. Se pone de pie y me hace la seña para que me acueste (18).

Vogt plantea que las casas migrantes son “espacios de intimidad” (15) y la hielera se manifiesta con una función similar: “In a context of social exclusion, a warm embrace, even a handshake, could be a profound act of human connection, one of myriad intimate encounters, social relationships, and embodied realities” (15). De esta manera, a pesar de la continua incertidumbre sobre sus destinos, la experiencia compartida las une y gradualmente da paso a una intimidad que se manifiesta a través de conversaciones. En un principio, discuten las dificultades del lugar, para luego adentrarse en confesiones sobre los momentos más difíciles del viaje. Kimberly y su compañera representan dos perfiles distintos. Por ejemplo, Kimberly revela la necesidad de expresarse como una forma de desahogo y resistencia para enfrentar los recuerdos del viaje y de su pasado. A través de estas conversaciones, el lector llega a conocer profundamente a Kimberly, desde su lucha contra el hambre en el camino, su experiencia previa en otra hielera, hasta el desgarrador testimonio de presenciar a un hombre migrante ahogándose en el río. Además, se revelan detalles íntimos de su vida en El Salvador con sus abuelos: el abandono de su padre, la separación de su madre a los cuatro años y el doloroso anhelo de volver a verla, así como la constante amenaza sexual de los pandilleros.

Dentro de las paredes de la hielera, Kimberly insiste en compartir historias íntimas de su vida y los agravios de la ruta. La protagonista dice: “A veces nos acostamos y mientras nos da sueño nos contamos cosas. Más bien soy yo la que le cuenta cosas a la muchacha, porque ella casi nunca me cuenta nada” (26). Por medio del ejemplo de Kimberly, nos damos cuenta de que “one of the very markers of trauma may be the urgency to *narrate* after the fact—to bear witness” (Caminero-Santangelo 21; énfasis del autor). De este modo, al compartir sus historias, Kimberly confronta los eventos traumáticos de su pasado tanto en El Salvador como durante su

travesía. Por otro lado, mientras más sabemos sobre la historia de Kimberly, menos sabemos la de su compañera. En su lectura de *That the World May Know* de James Young, Caminero-Santangelo expone otra posibilidad de interpretación de este aspecto, según la cual “trauma is marked by the difficulty, perhaps even impossibility, of telling” (21). El uso del silencio que se traduce en la omisión de la historia de la joven representa la experiencia colectiva de las miles de historias de migrantes que aún necesitan ser rescatadas y que quedan en el anonimato. No es gratuito entonces que al despedirse de su compañera Kimberly advierta:

–No me dijiste tu nombre –le digo.

–No importa –me dice, y me abraza (27).

Estas últimas palabras culminan la crónica y sellan la solidaridad como un pacto entre las dos jóvenes migrantes. Los personajes perfilados importan porque representan las experiencias conocidas y desconocidas de otros miles de migrantes. La necesidad de hablar, representada en el caso de Kimberly, y el uso del silencio representado en el caso de su compañera anónima nos revelan las diversas maneras de adaptación al trauma; sin embargo, ambos gestos sugieren la necesidad de entablar relaciones en momentos de crisis y de prestar sentimientos solidarios y de compañerismo.

En otra crónica, titulada “La cabuya”,⁴ la protagonista (una niña hondureña de trece años) viaja con su prima y su bebé de ocho meses. Ellas se suman a un grupo de migrantes que intentan cruzar un caudaloso río para llegar a los Estados Unidos. El miedo inunda a aquellos que intentan cruzar las aguas recias y heladas, entre ellos la joven madre que teme por la vida de su bebé. El tono tenso se incrementa cuando llega la hora de cruzar. Dice la protagonista: “Mi prima se pone a llorar y le dice llorando a la niña que no llore, que deje de llorar” (97). Sin embargo, el optimismo de la protagonista aminora la severidad de la narración:

–No nos va a pasar nada –le digo a mi prima–, mira la buena suerte que tienes. ¿Qué necesidad tiene ese hombre de ayudarte? Podría dejarte aquí con la niña y preocuparse nomás por llegar él al otro lado.

–Es increíble –dice ella–, que la gente te ayude.

Hubo un muchacho que conocimos en el tren que nos ayudaba cada vez que se subían los mareros. Ellos querían que les pagáramos para

dejarnos pasar y el muchacho nos ayudaba para que no pagáramos. Nos protegía. Quién sabe cómo le hacía o qué les decía. Nos ayudó muchísimo (101–02).

Esta escena reduce el sentido trágico de la historia para sustituirlo por una solidaridad que culmina en las últimas líneas de la narración cuando las dos jóvenes migrantes y la bebé cruzan el río con la ayuda de otro migrante:

Unos empiezan a llorar. Otros gritan que no pueden, que se los va a llevar el río. Estamos en medio y ya no se puede ver la orilla. Pero yo miro para atrás y a la luz de la luna veo a la niña en lo alto, los brazos fuertes del hombre que la protege, la niña que atraviesa la frontera encima del agua (103).

El protagonismo de la bebé en esta escena representa el potencial de cambio como uno de los imaginarios asociados a la niñez (Browning 2).⁵ La mirada de la menor hacia la bebé, que se encuentra en un espacio físico elevado, *por encima* de todos los presentes, representa una resistencia hacia las barreras fronterizas tanto físicas como discursivas en contra de los migrantes. La pérdida de esta resistencia no es una posibilidad en este contexto, sino que más bien promueve la unión entre ellos, en contraposición al discurso de la violencia. La inmunidad que exhibe la bebé en esta escena final resulta conmovedora por sí misma, y una vez más resalta un mecanismo narrativo que suaviza la representación del peligro y realza la solidaridad que surge entre los migrantes en momentos de crisis. Así, el tono grave de los relatos que anteriormente había revelado la vulnerabilidad de los migrantes al enfrentar un obstáculo que los sitúa entre la vida y la muerte, es desviado por una anécdota que simboliza la unión y la resistencia de una nueva generación inmune a las dificultades del camino.

La crónica “Hasta el sol de hoy” revela una representación de la violencia en diversas facetas a lo largo de la historia de una migrante de 17 años. Entre estos niveles se encuentran la brutalidad ejercida por las pandillas en Honduras, los peligros del viaje y los maltratos sufridos a manos de los agentes migratorios en la frontera de Estados Unidos. La crónica empieza con una descripción de las secuelas del abuso sexual de la protagonista: “Cuando yo desperté, yo estaba completamente sin ropa, con mucho dolor de cabeza, y hasta el sol

de hoy sigo con dolor de cabeza” (113). El dolor de cabeza que la sigue “hasta el sol de hoy” sugiere permanencia—como si el dolor del episodio traumático fuera una extensión más de ella. No obstante, la protagonista elige continuar con su relato entrelazando una anécdota peculiar que aligera el tono cargado de violencia del relato inicial. Su narración ahora se centra en la solidaridad y el compañerismo que experimenta junto a otros migrantes durante su travesía:

La gente con la que yo hice el viaje eran amables, nos reíamos de cuando yo me iba a caer del tren, me iba a subir al vagón y casi me caigo y ellos se rieron, y yo también. Y también nos reíamos de cuando los zapatos se me abrieron, de tanto caminar los zapatos se me rompieron, de todo eso nos poníamos a reír.

No sé qué hubiera hecho sin ellos, me ayudaron mucho, me salvaron, no sé cómo le hicieron para salvarme, porque nos querían secuestrar, en México (114).

La protagonista narra episodios que sugieren el límite con la muerte; sin embargo, su memoria se enfoca en momentos que aligeran lo arduo del camino. Por medio de la risa—una modalidad irónica, como lo indica Max Parra en su análisis de *Cartucho* de Nellie Campobello—se establece un lazo de solidaridad que aligera los aspectos sombríos del viaje. Así, “la relación con la muerte pasa por el filtro de la enunciación serio-cómica, ambivalente, típica de la cultura popular” (179). Esto, a su vez, se hace eco de la tradición medieval donde “la risa carnavalesca se asociaba con la negación de la muerte (burla) y la afirmación de la vida (resurrección)” (179). La reacción colectiva de risa a las experiencias que definen estar al borde de la muerte como “casi caerse del tren”, subvierte el significado de la muerte por el de vida, y establecen un lazo estrecho entre los partícipes de la anécdota. Este breve acontecimiento de solidaridad desaparece en el relato; sin embargo, el concepto emerge nuevamente como un ejemplo mayor cuando la protagonista revela el deseo de ser abogada al final de la crónica. Las últimas palabras revelan el título y su relevancia en la obra:

Yo tuve un sueño.

Yo soñé que estaba defendiendo personas.

Yo era defensora de derechos humanos.

Yo varias veces he soñado con eso (120; énfasis añadido).

Aquí, el deseo de ayudar representa una especie de “Pay it Forward” para la migrante: al igual que ella fue socorrida por otros en el camino, su deseo se traduce en defender los derechos humanos de los vulnerables migrantes futuros. No es gratuito ver la referencia al activista y líder del movimiento de derechos civiles Martin Luther King y su famoso discurso “I have a dream”. Como un gesto de honor, la crónica concluye con un eco de apoyo a y defensa de los migrantes, extendiendo el discurso de solidaridad y reduciendo el tono de violencia y peligro ubicuos a lo largo del relato.

Lo anteriormente expuesto destaca cómo los relatos de trauma en *Yo tuve un sueño* abren espacio para discursos más amplios que van más allá de la violencia. Entre ellos, el discurso alternativo se manifiesta en la mirada retrospectiva que desafía la noción de prosperidad económica como la única causa fundamental de la migración, así como en los recuerdos de nostalgia de los protagonistas por lo que perdieron o dejaron atrás. La representación de la solidaridad entre los migrantes en el camino sugiere una narrativa que enfatiza la resistencia a la vez que atenúa la magnitud de la violencia. Además, los testimonios sobre el compañerismo entablado durante la travesía insinúan un imaginario colectivo de una experiencia comunitaria que, en última instancia, constituye una llamada a la acción. De acuerdo con Shaffer y Smith, la narración personal se convierte en un punto de apoyo donde la presión de los recuerdos de un pasado traumático y las esperanzas de un futuro prometedor se mantienen en equilibrio. El futuro debe construirse colectivamente y los actos de narración personal pueden servir como “*projects of community building, organizational tools, and calls to action*” (7; énfasis añadido).

El libro culmina con un epílogo titulado “Miedo. Huida. Refugiados”, que engloba la migración como un acto involuntario impulsado por el miedo, abocando a los menores a escapar de sus países de origen. Los protagonistas ejemplifican lo que Boursier propone: “They’re not looking for, or expecting, a yellow brick road to happily ever after. The asylum seekers have what Moltmann⁶ would call a ‘thirst for life.’ Not a fancy life—bare life” (7). Esto habla de la agencia y determinación de los personajes como un acto de resistencia ante la abrumadora violencia tanto en sus países de origen como la que encontrarán en el camino a su destino⁷. Villalobos señala: “No mueren 50 personas en la explosión de un coche bomba.

Pero mueren 50 personas asesinadas en tres o cuatro días. En un solo fin de semana. Una a una o de cinco en cinco” (126).

Las situaciones de los países del Triángulo del Norte ejemplifican la noción de “slow violence” propuesta por Rob Nixon, la cual “is typically not viewed as violence at all” (2). El concepto de violencia, según Nixon, es generalmente concebido como algo inmediato en el tiempo y espectacular en el espacio, y que rápidamente gana visibilidad sensacional. Este no es el caso de la migración centroamericana, por eso es necesario crear “[n]arrativas con consecuencias”, señala Villalobos (123). Las últimas palabras del autor sugieren indirectamente una cierta responsabilidad por parte del lector: “Ya es tragedia. Está por verse si alguien asume como suya la resolución de una crisis de refugiados que permita que decenas de miles de niños centroamericanos logren cumplir su sueño de vivir mejor. De vivir” (138; énfasis añadido).

Yo tuve un sueño no solo expone la brutalidad de la violencia que enfrentan los menores migrantes, sino que también resalta la resiliencia, solidaridad y esperanza que surgen en medio de la adversidad. Villalobos invita a los lectores a mirar más allá de las cifras y los titulares, y a reconocer las historias humanas que subyacen en la crisis migratoria. Este enfoque humanizador llama a la acción colectiva y a la reflexión sobre nuestro papel en la búsqueda de soluciones que permitan remediar esta ‘tragedia’.

REFERENCIAS

- Bencomo, Anadeli. *Voces y voceros de la Megalópolis*. Iberoamericana, 2002.
- Boursier, Helen T. *Desperately Seeking Asylum: Testimonies of Trauma, Courage, and Love*. Rowman & Littlefield, 2019.
- Braunstein, Néstor. “Diálogo sobre la nostalgia en psicoanálisis”. *Desde el jardín de Freud. Revista de psicoanálisis*, no. 11, 2011, pp. 51-66.
- Browning, Richard L. *Childhood and the Nation in Latin American Literature: Allende, Reinaldo Arenas, Bosch, Bryce Echenique, Cortázar, Manuel Galván, Federico Gamboa, S. Ocampo, Peri Rossi, Salarrué*. Peter Lang, 2001.
- Caminero-Santangelo, Marta. *Documenting the Undocumented: Latino/a Narratives and Social Justice in the Era of Operation Gatekeeper*. University Press of Florida, 2016.

- Chavez, Leo R. *The Latino Threat: Constructing Immigrants, Citizens and the Nation*. Stanford UP, 2008.
- Hirschfeld Davis, Julie. "Trump Calls Some Unauthorized Immigrants 'Animals' in Rant". *The New York Times*, 16 May 2018, nytimes.com/2018/05/16/us/politics/trump-undocumented-immigrants-animals.html.
- Jörgensen, Beth E. "Matters of Fact: The Contemporary Mexican Chronicle and/as Nonfiction Narrative". *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*. Ed. Ignacio Corona y Beth E. Jörgensen. SUNY Univ Press, 2002, pp. 71-94.
- "Juan Pablo Villalobos". *People Pill*, peoplepill.com/i/juan-pablo-villalobos.
- Luiselli, Valeria. *Los niños perdidos (un ensayo en cuarenta preguntas)*. Sexto Piso, 2016.
- McGinnis, Mindy. "Juan Pablo Villalobos On Writing Tough Non-Fiction For Teens". *YouTube*, colgado por PodBean, 9 diciembre 2019. www.youtube.com/watch?v=acxQ5kDs-4o.
- Monsiváis, Carlos. *A ustedes les consta*. Era, 1980.
- Nixon, Rob. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Harvard University Press, 2011.
- Parra, Max. "Memoria y guerra en "Cartucho" de Nellie Campobello". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 1998, pp.167-186.
- Poniatowska, Elena. *La noche de Tlatelolco*. Era, 1971.
- "Preamble". *Convention on the Rights of the Child*. 20 Nov. 1989, www.humanium.org/en/convention/text/.
- Richinick, Michele. "GOP congressman: Ebola could spread across the border". *MSNBC*, 15 Jul. 2014, www.msnbc.com/msnbc/gop-congressman-ebola-spreading-across-border.
- Schaffer, Kay, and Sidone Smith. *Human Rights and Narrated Lives: The Ethics of Recognition*. Palgrave Macmillan, 2004.
- Villalobos Vindas, Ivannia y Carlos Sandoval García, directores. *Casa en tierra ajena. Un documental sobre migración forzada en América Central*. UCR-UNED-CONARE, 2016.
- Villalobos, Juan Pablo. *Yo tuve un sueño: el viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos*. Anagrama, 2018.
- Vogt, Wendy. *Lives in Transit: Violence and Intimacy on the Migrant Journey*. University of California Press, 2018.

NOTAS

- 1 La tasa de migración estadounidense indicó que, entre octubre de 2013 y junio de 2014, la cifra de menores detenidos fue de 80 mil y de abril 2014 a agosto de 2015, la cifra supero más de 100 mil (Luiselli 39).
- 2 Estos comentarios fueron televisados durante una reunión en la Casa Blanca el 16 de mayo de 2018. El presidente señaló:
“We have people coming into the country, or trying to come in — we’re stopping a lot of them,” Mr. Trump said in the Cabinet Room during an hourlong meeting that reporters were allowed to document. “You wouldn’t believe how bad these people are. These aren’t people, these are animals, and we’re taking them out of the country at a level and at a rate that’s never happened before” (Hirschfeld Davis).
- 3 La protección de niños se consideraba una fuente de orgullo nacional, según el estudio de representaciones de la niñez en las primeras décadas del siglo XVIII de Hugh Cunnigham. Su estudio indaga las estrategias de autores principalmente europeos en la representación de menores donde “perception that childhood was a special state in which innocence and freedom from care should flourish and be protected” (citado en Browning 103). La preocupación de representar a los menores en el caso de la literatura latinoamericana ocurrió después, y más notablemente a partir de los años 30 (103).
- 4 El glosario dice que la cabuya es la “fibra de la pita con que se fabrican cuerdas y tejidos” (143).
- 5 Esta es una de las representaciones binarias analizadas en la literatura de la civilización occidental. Browning expone que, por un lado, los niños se han visto como el futuro de la nación y como el potencial para preservar los modos de comportamientos de generaciones anteriores. Sin embargo, también estos personifican el potencial por el cambio (2).
- 6 Se refiere a Jürgen Mortmann, un prisionero de la Segunda Guerra Mundial quien afirma, “[I]ife thirsts for life; life becomes a living force through other life.” (citado en Boursier 7).
- 7 Boursier expone que la mayoría no son “regular migrants” (2) y define la diferencia entre migrantes y refugiados: “The traditional distinction between ‘migrants’ and ‘refugees’ is the element of voluntariness. Migrants choose to relocate to another nation; refugees have been forced into the decision due to external circumstances beyond their control. Within the general category of refugees, the United States differentiates between ‘refugee’ and ‘asylee’ (that is, asylum seeker) as technical terms that define two pathways for nonresidents to make their application to live in the United States (2).